

COMENTARIO

Paideia / Bildung

Autora: Rocío Zamora Sauma

Este texto se centra principalmente en un fragmento del libro VII de la República, en donde Platón relata una de las alegorías más significativas y fundamentales para la historia occidental: la alegoría de la caverna. A partir de ella, intentaremos indicar el conflicto que se produce entre educación y naturaleza humana. Esto nos permitirá abrir la pregunta sobre si podemos pensar la “alteridad” en el texto platónico.

La República de Platón es un texto antropológico y político. Antropológico, en el sentido en que determina la naturaleza humana. Político, en cuanto pretende construir una plataforma sobre la cual producir relaciones sociales. Se trata de un texto político a la vez que antropológico en cuanto legisla las relaciones sociales a partir de una cierta constitución natural de los individuos.

La unión de estos dos enfoques se da gracias a la mediación del sentido mismo de la paideia, traducida generalmente como educación y, según el sentido que retoma Werner Jaeger de San Gregorio de Nisa, como “proceso formativo de la personalidad humana” (1998: 121). Esta definición es central a la hora de pensar en el análisis que realiza Heidegger del símil de la caverna.

Heidegger, al referirse a la paideia, retoma la definición platónica: significa “lo que conduce a un cambio de dirección de todo el hombre en su esencia” (2001: 182). A la vez, señala la impor-

tancia de este término para la modernidad: la paideia se corresponde con el término alemán *Bildung*. Formar es “imprimir carácter”, gravar según un modelo regulador. Implica, como la paideia, las ideas de formar y dirigir (según una forma que modela). Ambas señalan ese proceso y por ello implican la idea de su contrario, la *apaideusia*, la falta de formación. Estos dos términos configuran, desde el inicio del relato, el sentido del mismo. En esta vía, Gadamer define la formación como “el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre” (2003: 39). En él, el concepto de naturaleza (*physis*) resulta esencial.

Lo anterior indicaría una dirección del abordaje conflictivo de la condición humana entre libertad y necesidad que va a definir el curso de la modernidad. A la vez que el ser humano se piensa como naturaleza, es decir, como determinación constitutiva, como necesidad, también surge como posibilidad. Simultáneamente, el ser humano se define en un proceso, tránsito que va de la *apaideusia* hacia la paideia. Hay en ese camino una dirección que tiene que ser inducida, pues el ser humano no parece realizar ese tránsito por sí mismo: de ahí que exista ese no lugar, la República.

La pregunta que queremos plantearnos es entonces si es posible leer una zona originaria de

alteridad en la alegoría de la caverna platónica. La respuesta no es simple, pues si la educación es ese conducir a un cambio de dirección de todo el hombre en su esencia, entonces el camino de la formación es el camino hacia el ser originario del hombre. ¿Cómo puede revertirse el ser? O más bien, si el ser se revierte, entonces, esto quiere decir que su esencia no consiste en una naturaleza o en algo fijo, sino en la posibilidad de transitar de un estado a otro, pues esto es lo que se produce cuando se encuentra en formación y cuando no (apaideusia). Del mismo modo surge la pregunta de si el estado en que se encuentra el hombre encadenado es también un tránsito del ser, pues al parecer ha sufrido un cambio de y en su esencia.

Veamos cómo funciona esto en la alegoría antes mencionada. La noción de paideia parece ser el hilo conductor sobre el cual se determinan “los sucesos” – como les llama Heidegger – del relato. Cada uno de estos sucesos, son imaginados y examinados por Sócrates como casos. Examina – dice – el caso (515c) de una liberación de sus cadenas y de su ignorancia.

En el primer suceso se enfatiza la disposición primera del cuerpo, mientras que en el segundo suceso se relata aquello que vendría a generar una fuga respecto de esta primera disposición. La liberación abre la existencia del hombre a la otredad. Se trata de una situación imaginaria, pues no es la situación del hombre. Ahora, el prisionero, se libera de sus cadenas y ve la luz que proyectaban las sombras. En ese instante en que el prisionero voltea su cabeza y mira con dificultad la luz, se introducen otros elementos: la incapacidad de ver, el dolor producido por el encandilamiento y la incertidumbre respecto de lo que ve y no puede ver. Es ese tránsito del que habla Heidegger, entre la oscuridad y la claridad. Un tránsito doloroso.

En este segundo suceso, el hombre, “necesitaría acostumbrarse, para poder llegar a mirar las cosas desde arriba” (516a). Ese forjar el hábito para poder ver la luz, introduce la cuestión de la paideia, de la educación. Lo que interesa en este suceso es subrayar cómo, al ser introducida la idea del dolor y de la imposibilidad de ver, se introduce en la condición misma del hombre, la idea de la costumbre como una vía para otra disposición del hombre.

En el tercer suceso, el hombre ha podido ver la luz, pues poco a poco, a partir de la paulatina generación del hábito, logra dirigirse directamen-

te a la Luz suprema (la Verdad, el Bien). El hombre logra salir de la caverna y ver directamente la luz del día. Evidentemente, el hombre, una vez que ha visto, puede volver a la caverna, siendo otro. Es el camino de la educación.

“Por consiguiente, la educación sería el arte de volver este órgano del alma del modo más fácil y eficaz en que puede ser vuelto, mas no como si le infundiera la vista, pues ya la posee, sino en caso de que se lo haya girado incorrectamente y no mire adonde debe, posibilitando la corrección” (518d).

Este fragmento señala la posibilidad de corrección del órgano del alma, de la visión a través del hábito y del ejercicio, es decir, este cambio de dirección de la esencia requiere de la educación, como condición necesaria.

Seguidamente, el cuarto momento es el momento del retorno del que ha Visto, hacia el mundo de los encadenados. Glaucón cuestiona este acto preguntándose si será injusto obligar a aque-

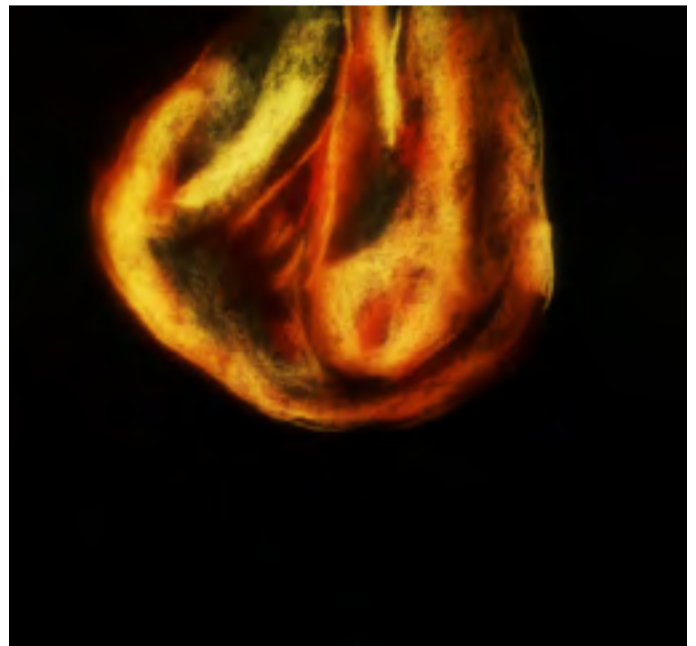


Ilustración: Saray Mata/ Oleo y tiza sobre lienzo. 2014

llos que han visto la Verdad a volver al mundo de la ignorancia, de la apariencia y de las sombras. La respuesta de Sócrates es de carácter sacrificial: el hombre debe retornar al Estado, donde cada individuo debe ocupar su lugar. De esta manera, ese mundo de la Verdad solo es posible en el Estado. Allí, no todos pueden ver la luz, sino solamente algunos, los dirigentes, los filósofos (520a-b). Los otros, no pueden concentrarse en ese volver a su esencia, pues sino el Estado no funcionaría. Lo que significa que la Verdad solo puede ser percibida por ese sector de la sociedad que esté dedicada a ello. Los otros sectores deberán defender al Estado, producir alimentos, cobi-

jo, a saber, alimentar las necesidades de la vida humana. Lo cual significa que si todos se dedicasen al conocimiento de la Verdad, todos morirían.

Ahora, ese revertir el hombre a su esencia, parece no implicar una consideración de orden metafísico, sino más bien una necesidad política: cada ser humano debe dedicarse a aprender una sola cosa y perfeccionarla. Ese parece ser el sentido de la paideia, de esta organización depende la armonía del Estado. La consideración antropológica de la República parece guiarnos a una consideración de utilidad política. Los cuatro sucesos: liberación de las cadenas, dolor y ceguera, hábito y visión y, retorno, parecieran indicarnos el camino que dibuja la República: la Verdad es el Estado.

A partir de lo anterior, la pregunta por la condición del ser humano se encontrará relacionada con la educación y, con ello, con la pregunta del ser, relativa al “es” algo y al “poder ser”. La pregunta por la educación en relación con las condiciones del ser humano – ahora en plural – cuestiona las nociones temporales sobre las que se inscribe el ser. Es en esta relación donde se han depositado los anhelos de la posibilidad y de la otredad.

De este modo, la dificultad que nos hereda Platón se sitúa justamente en esta noción, pues a la vez que introduce la cuestión de la otredad, lo hace a partir de una otredad que es la Verdad, la forma correcta de ver y que tiene como garante el origen de todo lo visible, el Bien. El Bien, el sol, la luz, es el que garantiza la posibilidad del conocimiento, la aletheia, ese descubrimiento. No obstante y a pesar de Platón, la alteridad se introduce en el relato: este ser se encuentra atado, pero en condiciones distintas, puede dirigir sus disposiciones en otro sentido.

Bibliografía

Gadamer, H-G. (2003). Verdad y Método I. Trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Heidegger, M. (2001). “La doctrina platónica de la Verdad”, en: Hitos. (Versión de Helena Cortés y Arturo Leyte). Madrid: Alianza, pp.173-198.

Jaeger, W. (1998). Cristianismo primitivo y paideia griega. (Trad. Elsa C. Frost). México: FCE.

Platón (1988). Diálogos IV. La República. (Trad. Conrado Eggers Lan). Madrid: Editorial Gredos.